

Epílogo

Entre ciencia y sensibilidad: el legado del Encuentro

El Primer Encuentro de Arte y Emoción nació como un gesto de búsqueda: tender puentes entre disciplinas, metodologías y sensibilidades para preguntarnos cómo el arte puede acompañar la vida emocional y, con ello, contribuir al bienestar individual y colectivo.

A lo largo de las ponencias, los talleres y las conversaciones, fuimos confirmando que el arte no es un lujo ni un complemento decorativo o accesorio de la educación y la ciencia, sino una forma de pensamiento que amplía nuestra comprensión del mundo y de nosotros mismos. El arte no se superpone a la vida: la revela, la traduce y la transforma. Allí donde los lenguajes académicos suelen agotarse, el arte abre otros caminos posibles, permitiendo que la emoción y el conocimiento se encuentren.

En el prólogo, se invitaba al lector a recorrer este libro como una Rayuela de Cortázar: saltando de un punto a otro, encontrando sentido en los desvíos, descubriendo conexiones inesperadas entre capítulos. Esa metáfora resume también el espíritu del Encuentro. El arte, como la Rayuela, propone una lectura del mundo que no es lineal ni definitiva, sino abierta, plural y en movimiento. Nos enseña que el aprendizaje y la emoción no avanzan en línea recta, sino que se tejen entre pausas, retornos y trayectorias múltiples. En ese juego de saltos y resonancias, se amplía la posibilidad de comprender y de crear.

Desde una mirada académica, este diálogo entre arte y emoción se inscribe en un marco donde las ciencias cognitivas, la educación y las humanidades se entrelazan para repensar la manera en que aprendemos, sentimos y habitamos el conocimiento. La cognición corporizada y las pedagogías contemporáneas nos recuerdan que toda experiencia de aprendizaje es también una experiencia emocional, que el cuerpo piensa

y la emoción comunica. En este sentido, el arte no solo acompaña la educación: la encarna, la amplifica y la hace más humana.

De igual modo, el bienestar que estas memorias promueven no puede entenderse como un estado de equilibrio constante, sino como un proceso dinámico de conciencia, empatía y construcción de sentido. En el arte encontramos una vía privilegiada para este propósito: una forma de elaborar la emoción, de volverla pensamiento, de transformarla en vínculo. Así, el arte actúa como una pedagogía del cuidado y del florecimiento, recordándonos que la sensibilidad es también una forma de conocimiento.

Estas memorias son más que un registro de lo ocurrido. Son una constelación de experiencias, ideas y afectos que, como en Rayuela, pueden leerse en cualquier orden, encontrando siempre nuevas resonancias. Cada capítulo, cada voz, cada proyecto da cuenta de una comunidad que entiende el arte como práctica reflexiva, educativa y transformadora.

Con este volumen, se consolida un espacio de diálogo interdisciplinario entre ciencia, arte y educación emocional. Un lugar desde donde seguir investigando, creando y educando para el bienestar, reconociendo que el conocimiento más valioso es aquel que también nos transforma.

Ana Karina Sierra